

Reciedumbre y sutileza

Cuando en su excelente prólogo a la muestra de Raquel Fliess, en Van Riel (Talcahuano 1257), Raúl Santana cita a Rudolf Belling conceptualizando sobre "la unión de valor y contravalor en justas proporciones" el valor hace referencia al bulto (espacio desplazado) y el contravalor al entorno espacial, como contrapartida del anterior.

No todas las esculturas desplazan al espacio, algunas simplemente lo ocupan, prestándose a una apreciación puramente visual. Las que como en el caso de Fliess invitan no sólo a lo visual, sino a lo táctil y en algunos casos a la ponderabilidad del bloque son las que liberan la forma con la limpidez de un Brancusi. Lo curioso es que Fliess por regla general trabaja las masas con un criterio de relieve y de contrarrelieve, cumpliendo de ese modo una doble ley de frontalidad. Son piezas que están realizadas para ser vistas y sentidas primordialmente desde una de sus dos caras.

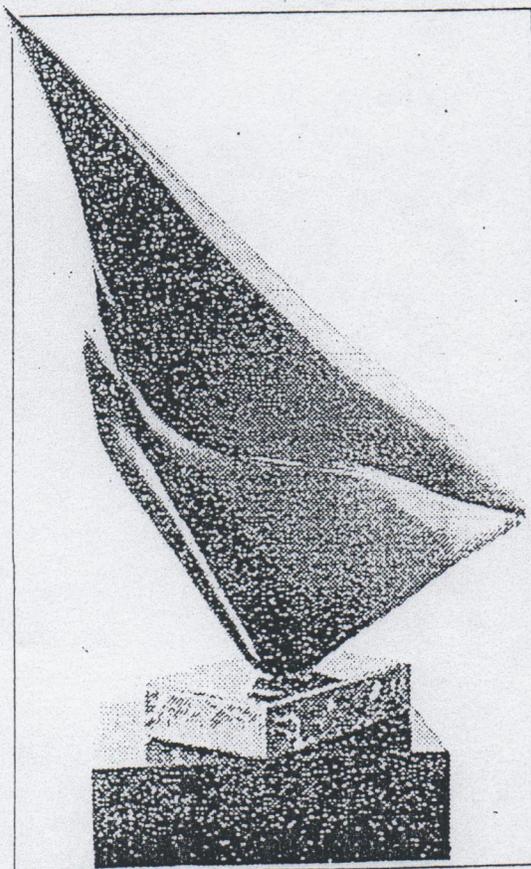
- Lo dicho apunta al enfoque de la escultura y en momento alguno pretendemos establecer juicios de valor al respecto.

Lo que otorga la jerarquía de arte de excepción a esas obras es la limpidez de sus formas y el tratamiento de las superficies con una perfección que bordea el preciosismo. Lo que le evita a Fliess caer en él es la nobleza de los materiales trabajados, distintos mármoles (Carrara, Travertino, mármol negro argentino); respeta en cada caso la naturaleza de estos materiales de tal modo que la pureza formal enfatiza la pureza de cada uno de ellos. En casos excepcionales Raquel Fliess invade la forma sólida con sutiles huecos que le permiten al espacio invasor acariciar y

alentar, por así decirlo, la nitidez de los perfiles recortados.

Raquel, si bien utiliza el Fliess de su esposo, tiene ancestro vasco. Eso nos parece de interés cuando pensamos que vascos han sido algunos de los más notables escultores del siglo: Oteiza, Chillida y otros. Conservando la pujanza de sus orígenes, la escultura imprime a la reciedumbre de sus antepasados toda la delicadeza (ver Keyserling) y toda la sutileza que es propia de lo criollo. Se trata de un feliz maridaje del artista con su tierra, que es la condición insoslayable del diálogo que conduce a la autenticidad.

Rafael Squirru



Escultura de Fliess